

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

CONFESION

Una vez más, repetía el viejo Gamatiel a sus amigos, sus impresiones de los últimos días.

—Soy anciano y muchas emociones he experimentado en mi vida. En estos días mi alma se conmovió extraordinariamente. Sentí entrar la luz de la verdad, como entra el rayo del sol en la mañana de nuestra habitación al abrir las ventanas. Yo estaba sólo en el Templo cuando murió Jesús. Allí anonadado pedía al que todo lo puede iluminarse mi mente y revelase a los hombres la verdad de la tremenda injusticia que condenaba al Nazareno. De pronto un estrépito conmueve la naturaleza, las puertas del Templo se abren por sí solas, el velo se desgarró y siento los muertos salir de sus tumbas. La naturaleza toda se trastornaba, pues la tierra sordamente trepidaba bajo mis pies como amenazando hundirnos a todos. En aquel momento comprendí toda la tragedia de aquel pueblo que acababa de asesinar a su Dios y comprendí también que las escrituras se habían cumplido exactamente. Jesús de Nazaret era el mismo Dios. No podía menos de reconocer su divinidad.

Nicodemus y José de Arimatea llegaron presurosos más tarde y asustados también me contaron los acontecimientos del Calvario. ¡Verdaderamente ese hombre era el Hijo de Dios! El centurión romano lo había reconocido también.

Días después, esperaba yo tan esperanzado como mi hermana Susana, la resurrección del Maestro. Confiaba en ella como quien ha sabido plantear un problema y tiene la seguridad de que no hay más solución que aquella. Jesús de Nazaret forzosamente había de resucitar.

Ya se de sus apariciones. Oí también que en Emaús... y en el Cenáculo más tarde... y luego se que Tomás dudó y hubo de meter sus dedos en las llagas para cerciorarse por mandato del Maestro.

Yo no necesito verlo. Sabía que había de resucitar. No merezco que se aparezca a mí, pues dudé mucho de su divinidad.

Ahora quieren los escribas y fariseos ocultar su fracaso y sobornan e imponen su autoridad a quienes quieran hablar, pero es inútil. Dios fué crucificado por ellos y los siglos venideros repetirán eternamente la historia sacrilega de un pueblo cuyo castigo temo, porque será terrible. Unos lo condenaron a muerte, otros lo hemos consentido. Todos pusimos en El nuestras manos.

Y a pesar de tantas emociones y de tantos años, me siento fuerte, confortado con la fe y con una suave tranquilidad en mi alma acongojada desde hacía mucho tiempo, que intranquila buscaba la solución del misterio que rodeaba al carpintero de Nazaret.

¡Que lecciones más extraordinarias dió al mundo! repaso ahora sus palabras y me maravillo de su ciencia y me sorprende de mi ignorancia que no lograba comprender lo que tan fácilmente comprendo ahora.

Aquel sermón del monte, aquellas sátiras a escribas y fariseos, aquel ademán noble y autoritario cuando en el Templo arrojaba violentamente a los mercaderes. Aquellas palabras llenas de amor y de vida. Decía bien cuando dijo: *yo soy el camino, la verdad y la vida*; pero donde tenía yo mi inteligencia para no darme cuenta de sus palabras. Si las sagradas escrituras estaban claras, si El nos lo decía de continuo. Anunciaba sus actos como anunció su muerte y su resurrección. —*Muchas cosas no comprenderéis ahora*—, recuerdo que le dijo a Susana.

Y que visión tenía de las conciencias de los demás. "*Quién de vosotros esté sin pecado, arroje sobre ella la primera piedra*". Aquella escena les fué fatal a sus acusadores, pero su mirada, que llega al corazón y que habla sin pronunciar palabra, fué más fatal todavía para aquella raza de víboras que le asediaba.

¡Que clara estaba la divinidad de Jesús y que ciego estaba yo!

Pronto desaparecerá de entre nosotros, ha anunciado a sus discípulos. Y después... confiamos en que El, que ha hecho todas las cosas bien, habrá

de dejar el fruto de su misión divina para que fecunde y extienda su doctrina por todos los rincones de la tierra y entonces... su triunfo y su poder será el que han señalado los libros sagrados y que tan mal interpretaban escribas y fariseos.

No, no es el triunfo del poder, ni de las armas. Es el triunfo del amor sobre el corazón de los hombres.

Yo ya soy viejo. Pocos días me concederá Dios de vida, pero ya he visto bastante. Temí estos tiempos, porque tenía miedo de que mi inteligencia ofuscada no pudiera adivinar los secretos de Dios; pero El hizo en mí el milagro de la fe y me reveló la verdad.

Aún recuerdo la mirada que me dirigió en casa de Lázaro. Me vió de lejos pero comprendí muy bien que miraba no sólo a mis ojos sino que hablaba a mi corazón. Desde entonces mi espíritu estuvo atormentado con la influencia de Aquel hombre que la ignorancia y perversidad de los hombres le habían negado la divinidad.

Hoy sólo siento la nostalgia de no haberme entregado a El desde el primer día.

¡Verdaderamente Aquel hombre era el Hijo de Dios!

R. M.

GENTE DE CAMPO

Cuando llegué al caserío del cortijo ardían los leños en la chimenea, enrojeciendo con sus resplandores las negras paredes y las vigas ahumadas.

¡Bien había menester las llamas! Durante el camino no cesó de llover, y el agua me caló los huesos.

Me senté al fuego, y a poco el tío Lucas, me sirvió un guiso, que me supo a gloria.

Era el tío Lucas hombre muy alegre y decididor, de pocas letras, pero de mucha gramática parda. Con sus dichos agudos y sus cuentos salpimentados con mostaza, entretenía mis ocios, al amor de la lumbre.

Pero en aquella noche no desplegaba sus labios. Taciturno, ocupábase sólo en remover los leños para que mejor ardiesen.

—¿Qué sucede tío Lucas?—le pregunté.—¿Ha pisado usted hoy mala hierba?

—¡Ahí es nada!—me contestó. —¿Se acuerda usted del «señor Frasquito»?

—¿El señor Frasquito?

—El capataz de la hacienda de la Esperanza... ¡Un hombre más bueno que el pan de Alcalá!

—Sí, sí: recuerdo que una vez fuimos a esa hacienda. ¿No era el señor Frasquito aquel hombre alto como un pino, fuerte como un roble?...

—El mismo.

—Que tenía una mujer más alegre que unas sonajas...

—La «seña» Rosa. Encomiéndele usted a Dios.

—¿Murió?

—Va por un mes. Desde que perdió al mayor de sus hijos, «Toñuelo», un mozo como un trinquete, la pobre no tuvo día de gusto. El muchacho era el alma de aquella casa.

—¡Desgraciado señor Frasquito!

—¡Y tan desgraciado! Aún no habían enterrado a su mujer, cuando cayó enferma «Suncioncica...» ¡Aquello fué como un rayo! En la misma caja metieron a la hija y a la madre.

—¡Desventurado!

—Pero no es eso sólo. Poco antes de que usted llegase al cortijo, paso por aquí el tío Geromo, y ¿sabe usted lo que me ha dicho?... ¿Pues que la niña más pequeña, la única que le quedaba al «señor Frasquito...» no tiene más que tres años, jugando con otras niñas, se ha caído sobre las brasas de la chimenea y se ha quemado toda.

¡Quizá esté ya con Dios el angelito!

—¡Jesús! ¡Jesús!—exclamé.—Ese padre infeliz no podrá soportar tantas desgracias! Si el dolor no le mata, lo enloquecerá. Vamos a acompañarlo en su aflicción, a consolarlo, a compartir con él sus amarguras... Vamos, vamos seguidamente!

—Por mí, señorito, ahora mismo. Pero ¿no ve usted cómo esta la noche? Parece que el mundo se viene abajo. ¿No oye usted cómo cae el agua? No se ven ni los dedos de la mano. Desde aquí a la hacienda hay dos leguas largas... Esperemos a que amanezca, y cuando Dios eche sus luces...

Verdaderamente era imposible emprender el camino de la hacienda.

No pude cerrar los ojos en toda la noche. La historia de las tribulaciones de aquel padre sin ventura, me robó el sueño. Pintábamelo mi fantasía rodeado de los cadáveres de su mujer y sus hijos, poseído de la desesperación y buscando el medio de no separarse de las prendas más amadas de su alma.

Al amanecer salimos del cortijo.

Detrás de mi cabalgaba el tío Lucas, sin decirnos una palabra, el uno al otro. De tiempo en tiempo, interrumpían el silencio los suspiros de aquel buen hombre.

Pensaba yo que quizá nos sorprendería una nueva desgracia. Estas pobres gentes del campo—decía entre mí—vehementes y apasionadas de suyo, sin cultura, sin nociones de religión, abandonadas a sus pasiones y a sus apetitos, están en peligro de ver en la muerte el término de todos los dolores y todas las amarguras. Cuando no te-

nemos fé en otra vida, el hombre se desembara del dolor cortando el hilo de su existencia terrenal. ¡Quiera Dios apartar de la inteligencia de ese desdichado el intento del suicidio!

¿Por qué negarlo? Cuando entré en aquel cuartucho húmedo y lóbrego, temblaba yo como un azogado. ¿Con qué palabras consolaría yo aquel corazón herido?

El señor Frasquito estaba, junto al lecho en que se veía, entrepajado, el cuerpecito de la niña quemada.

Apenas fué verme, con la mano izquierda levantó un poco el sombrero de anchas alas con que se cubría, con la derecha se rascó la cabeza y se sonrió.

Creí que aquella sonrisa era de desesperación.

—Paciencia, señor Frasquito—le dije—paciencia en las adversidades, porque los dolores de la vida...

Y no acerté a terminar el período.

El señor Frasquito me miraba, tranquilo al parecer.

El dolor le ha embrutecido—pensé.—Mejor fuera que diera rienda suelta a sus pesares

—Ya he sabido las desgracias que afligen a usted—añadí, tratando de avivar en su corazón el fuego amortecido de sus dolores.—El pobre Antoñuelo...

—¡Dios dispuso de él, señorito!—exclamó con una calma que heló mi sangre.

—¡Qué lástima de mozo! Le ayudaba a usted a ganar el pan...

—Su Divina Majestad sabe lo que hizo llevándoselo.

—También me dijeron que la pobre Rosa...

¡Una santa! Está gozando de Dios.

—Y Asuncioncita... ¡Qué dolor de niña!

—¡Dios quiere para sí todo lo bueno... También se la llevó su Merced.

—Según me ha dicho el tío Lucas, esta pobre niña...

—¡Angelitos al cielo! ¡Qué sería de ella sin su madre!

—¡Cuánta desgracia, señor Frasquito! ¡Cuánta desgracia!

—Sí, sí... ¡muchas desgracias!

—Pero... llore usted; abra su pecho.. Las penas reprimidas hacen estallar el corazón.

—Sí, sí... ¡Son muchas penas!

—Llore usted, desahóguese, desespérese...

—¡Desesperarme! ¿Por qué?... ¿No manda Dios estas cosas? Pues... lo que yo digo: si Dios las manda, ¿con quién me enfado?

Al salir de aquel cuartucho y respirar el aire de los campos, exclamé, alzando los ojos al cielo:

—¡Dios mío: dame en mis tribulaciones la fe de ese corazón no ennegrecido por el humo de las ciudades.

LUIS MONTOTO.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

DON QUIJOTE

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Reunidos ya todos los discípulos en el monte de Galilea, presentose Jesús viniendo de lejos. Al verle le adoraron reverentes.

«Entonces Jesús acercándose les habló y les dijo:

—A mi se me ha dado todo poder en el cielo y sobre la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las gentes... Y estad seguros que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo».

Se acercaba el momento de la despedida y Jesús de Nazaret daba ya sus últimas instrucciones. Su doctrina había sido expuesta y sus discípulos eran los embajadores del Nuevo Testamento que Dios mismo les había ido revelando a través de tres años de predicación.

El mundo podría ser un paraíso si cumplierse exactamente las instrucciones que había recibido.

¿Qué han hecho las generaciones futuras en los siglos que sucedieron a los acontecimientos extraordinarios que presenciaron los pueblos de la Judea?

Cuantas veces repasamos la historia de la humanidad, contemplamos los hechos acaecidos consecuentes con el ambiente en que aquellos se realizaron. El apartamiento de las doctrinas que Jesús de Nazaret había predicado, trajo como consecuencia las calamidades más amentadas para este mundo en que vivimos y en el cual parece existe el interés en mantenerse lejos de la felicidad por todos ansiada, precisamente por que tratan de encontrarla por caminos que se apartan de ella.

En esta época evolutiva en que vivimos, en la cual el dolor y la miseria, hijos del error y del mal, han establecido su mandato desolador, se trata de construir un mundo nuevo, basado en principios apartados por completo de la doctrina cristiana de la caridad, y leemos de continuo en la prensa diaria, que nos repite como un eco periódico de la historia las falsas y desastrosas consecuencias de establecer organizaciones de pueblos y de países basados en argumentos de política apasionada y egoísta en las que se discute para vergüenza de las mismas la santidad de un Viernes Santo respetable para el trabajo o la negación intencionada de un sentimiento religioso que cubra con el manto del amor y de la fraternidad cristiana los principios básicos de la nueva sociedad que quiere constituirse.

¡Qué respeto podrá haber para esos tratados que sólo se basan en la ambición de los poderosos, en la tiranía de la fuerza, en el egoísmo económico calculado, en el odio a toda idea espiritual!

¡Quién podrá someterse a la dictadura del dinero, del poderío, del número aplastante de fuerzas, de las posiciones estratégicas, del vencedor de hoy...! Callarán las naciones sometidas

das, los hombres inclinarán su cabeza ante imposiciones forzosas contra las que nada pueden, se someterán dóciles al látigo del tirano que viene veloz de las estepas o vive en la regalada mansión del templo de las riquezas.

Los tratados de paz o imposiciones de paz, serán firmados por los pueblos, pero el odio que los engendró ha echado su semilla y la paz ficticia no podrá reinar feliz por muchos años.

El amor ha desaparecido de las relaciones ente los hombres. Ya no quieren saber nada de la caridad ni del prójimo. Y unas veces distraídos de masa irresponsable, otras encumbrado en las gradas del poder o escudado en la defensa de una economía respetable, vive con traje de etiqueta, repartiendo sonrisas y amables saludos a veces, mientras en sus negras y retorcidas intenciones, la zancadilla política, la insidia envenenada, o a través de la masa revolucionaria dirigida a escondidas va poco a poco o en crueles zarpazos, sembrando el odio en los corazones de los hombres para que nunca puedan ser felices como podrían serlo si en esas organizaciones, o en el corazón de los que gobiernan los pueblos, estuviesen presentes las palabras de Jesús de Nazaret: «Ama al prójimo como a ti mismo».

Los discípulos del Crucificado, han seguido durante veinte siglos predicando la doctrina de la que fueron depositarios. Cumplen el mandato que Dios les había dado antes de elevarse a los cielos. Multitud de almas recogen esa semilla y fructifica en su corazón. Algún día habrá de llegar hasta el seno de esos organismos que imponen la paz al mundo para que esta paz sea cierta y basada en el amor entre todos los hombres.

Entonces si que se terminarían las guerras, las calamidades, la miseria y las inquietas incertidumbres en las que viven todos las naciones de la tierra.

Hoy aún triunfa el odio sobre el amor.

.....
Pero El ha dicho:

«Y estad seguros que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo».

R.

¡ESPAÑA!

Los españoles, somos un poco D. Quijote y un poco Sancho. Y de esta combinación de cualidades nos resulta un modo de ser tan especial y característico, como incomprendido.

Con el extranjero, el español es cordial, amable, franco, servicial y atento. Por eso cree en la buena fe de los demás y por el engaño y la astucia se le vence siempre, eterna fábula que se ha repetido a través de los siglos, unas veces recitándonos el cuento de la oveja y el lobo, y otras simulando amistad y afecto, donde existía deslealtad y falta de nobleza.

España, es el país de los amores. Amó

siempre y su amor fué en algunas épocas tan grande que hubo que sacar un continente de los mares para que el amor se expansionase libremente, llevándoles la fé, el idioma, las costumbres y nuestra propia sangre.

Y si muchas veces fuimos Quijotes, otras somos Sanchos. La prudencia contiene las embestidas contra los molinos de viento y contra tantos malandrines. Pero es que la misma serenidad de juicio que nos han dado los años de experiencia, nos dicen que la pasión y el ofuscamiento de una época de evolución en la historia, cierra los ojos de quienes no quieren ver y los oídos de quienes no quieren escuchar.

Hoy la España de Sancho, tiene que ir repartiendo por el mundo, consejos prudentes, midiendo sus palabras ante las bravuconadas de los que quieren ser Quijotes de no muy nobles empresas.

Al final de ésta novela histórica que vivimos, Don Quijote recuperará la razón, bien por los consejos que ha ido recibiendo de Sancho o porque Dios, en los últimos momentos le devuelva la razón extraviada.

J. M.

LA PRIMAVERA

*Ya resuena la alegría
de la gaita dominguera;
ya se viste la pradera
de belleza y de poesía,
saludo de cortesía
al llegar la primavera.*

*El campo lleno de flores
y el cielo resplandeciente,
y saturado el ambiente
de aromáticos olores,
ofrecen hoy los primores
de una vida floreciente.*

*Y del árbol en la copa,
como colgante tributo
que ha de convertirse en fruto,
la flor del fruto se topa,
flor que le sirve de ropa
al árbol prieto y enjuto.*

*Y florecen los rosales,
y cantan su cancionero
el ruiseñor y el jilguero
con sus gorjeos vanales,
y triscan los recentales
y vocea el gallinero....*

*Y es que la naturaleza,
en su canto colosal
entona un himno triunfal
a la Divina Belleza
que le dona la pureza
de hermosura celestial.*

Hermenegildo RODRIGUEZ.

Gijón, Abril de 1946

Doy mil gracias a Dios, no tanto por haberme hecho rey como por haberme hecho cristiano.—Alfonso X

Comentando

¡OH, LOS AUTOMOVILES!

Ahora resulta, dilectísimos lectores míos, que la ingratitud anida, como pájaro bobo, abundante y exuberante en el alma de algunos de los seres y precisamente en aquéllos que más agradecimiento nos deben. Me trato de «nos» como contrapeso de tantas ingratitudes, y sin temor a que nos pase como al famoso periodista del cuento, que empezaba su crónica diciendo: «Nos, fuimos alumno...»

Pero vamos a analizar las razones de mi queja de hoy. Siempre me quejo; de todo me quejo, y no hay calmantes suficientes para mis quejidos. Mas esta vez el dilectísimo lector dirá si tengo o no tengo razón para emitir mi pobre protesta y para representar el jeremiaco papel que mis lamentaciones me imponen.

Un homenaje a una personalidad que vale mucho y que más merece, siempre es un incentivo que nos mueve al más cordial entusiasmo. Y si en el mismo acto del homenaje toman parte personalidades allegadas a uno hasta el máximo de la veneración y de la simpatía y de la amistad, el incentivo crece y el entusiasmo se multiplica. Y ya se sabe que el entusiasmo multiplicado por mil, solamente se comprende, pensando a la española, que para mí es más humano y más páctico, ante un sinnúmero de personas que con el homenajeado se reúnen ante una mesa más o menos bien servida.

Para entremeses, ya va bien. Vamos al plato fuerte sin más divagaciones. Siempre divago de tal modo, que ya lo hago aún cuando digo, como ahora, que no quiero divagar. Pero no divaguemos. Hubo, efectivamente, tal homenaje y en él coincidieron y se agruparon tentadores todos los detalles anotados anteriormente, y que por sí solos son capaces de producir el máximo entusiasmo. Y hete aquí que, cuando en unión de quien con gran acierto tomó parte en el acto literario, y de un representante de la entidad oficial que ofrecía el homenaje, fuí a ocupar el asiento que tenía destinado en un coche, éste, taxímetro tenía que ser, en vez de agradecerme, sin más ceremonias ni miramientos; sin emitir la más elemental de las disculpas, sin el rutinario «usted perdone» de todos los casos parecidos, echó a andar hacia atrás, y tuvo la osadía de pisarme con una de sus ruedas traseras y empolvadas, mi pierna izquierda, hasta entonces tan correcta en sus andares. Supe libramme del golpe definitivo, pero despellejada y sangrante, quedó mi carne envuelta en resquemores, al cobijo rozador de la pernera del pantalón, arrugada y sucia, pero mucho más nueva que mi extremidad herida.

Gritos de la gente, afectuosos saludos míos, y el chofer como si nada hubiese pasado. ¡Bien por los taxistas inalterables! Subo con mis acompañantes al coche y partimos para el lugar del almuerzo. Allí me visita una comisión presidida por un magnífico Concejal. Que Dios se lo pague. En las primeras elecciones municipales, caciquearé todo lo que pueda para que «salga» alcalde. Concejales así son los que más falta

nos hacen. Quiere darme una fricción de alcohol a la herida y yo le convengo que más vale darla «por dentro», y así se hace.

¿Y la ingratitud? me dirá el dilectísimo lector. Pues la ingratitud es la del automóvil, al que yo tanto alabé por su seriedad y su perfecto equilibrio; al que yo mostraba muchas veces como digno ejemplo a imitar por las bicicletas... ¿Y para esto gasté yo tanta tinta tonta?

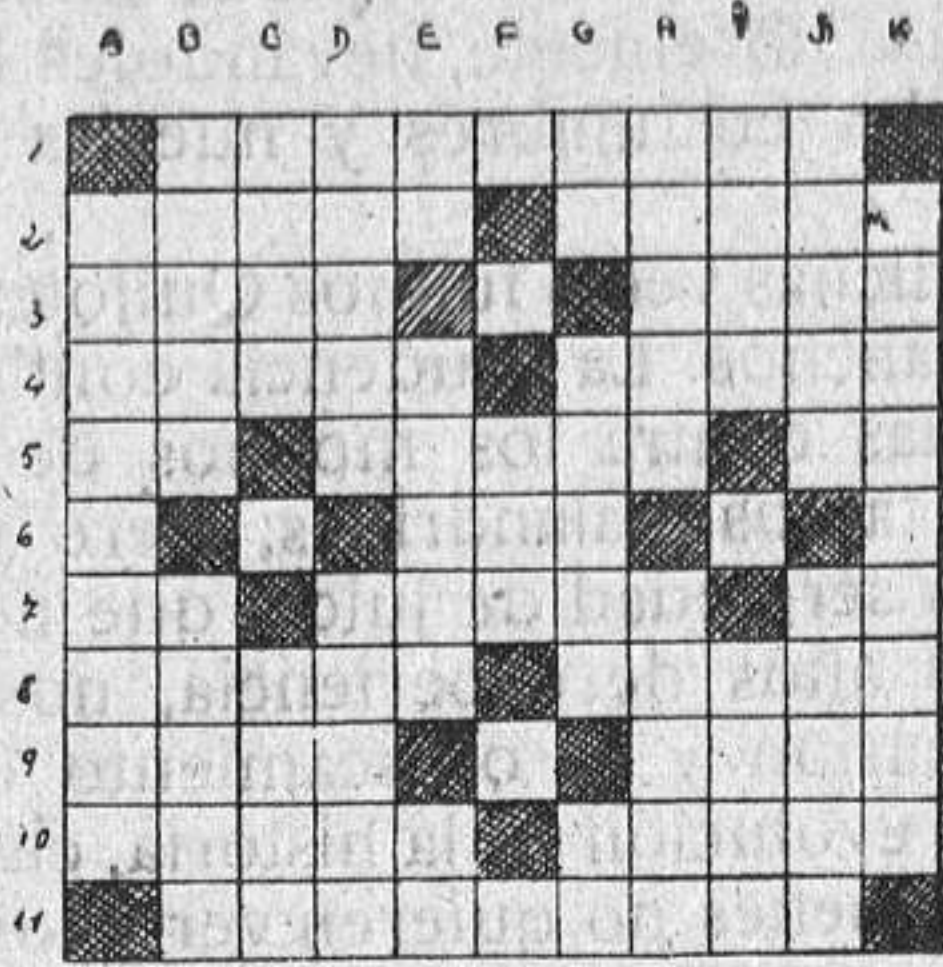
Hoy casi estoy por recomendar a todos los propietarios de coches que los cambien por una bicicleta. O por un concejal. Y casi estoy por asegurarnos que después de esto y de lo que supe de una motocicleta, ya dudo hasta de los tranvías.

Está visto, que lo único digno y seguro es «andar» en burro.

HERO.

Solución al Jeroglífico n.º 27 por Morán Anótalo entre comillas

Crucigrama núm. 21, por Morán



HORIZONTALES.—1. Infortunio.—2. Al rev. buena reputación - Rey de Argos.—3. Cuenta, reza - Al rev. torpe, basto.—4. Depósito de huesos - Al rev. fetidez de aliento.—5. Deidad pagana - Al rev. pez - Al rev. río de Italia.—6. Consonante - Al rev. pueblo de Burgos - Vocal.—7. Hija de Inaco convertida en vaca por Júpiter Mezclas metales - Contracción.—8. Dícese al beber - Fonéticamente, ejército.—9. Espíritu

Cortar menudo.—10. Ave americana - Pájaro cantor.—11. Fabulista castellano.

VERTICALES.—A. Duermes.—B. Gorda, espesa - Engalanas.—C. Preposición - Al rev. puñal.—D. Ensalzara - Al rev. el gato.—E. Interjección - Piedra preciosa - Vocal repetida.—F. Consonante - Desmenuza - Consonante.—G. Imperativo - Capital suiza - Nota.—H. Letras de «comando» - Colección.—I. Se mueva - Al rev. clase de seda, plural.—J. Zanahoria silvestre Lo controlé bien.—K. Fabricante de un papel que imita oro.

Asistía en cierta ocasión el célebre dramaturgo inglés Bernard Shaw a un concierto íntimo en que tocaba el violín un artista mediocre, cuando la dueña de la casa le pidió su opinión acerca del ejecutante.

—¿Qué le parece?

—Me recuerda mucho a Paderewski.

—¿Paderewski?, repitió la dama asombrada. Pero si Paderewski... no es violinista, que yo sepa.

—Ni éste tampoco, terminó Bernard Shaw.



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo.

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6 VALENCIA
Junto a la Plaza de la Virgen)

MATERIALES DE CONSTRUCCION

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones

Ruperto Rivero Morán Covadonga, 27 - GIJON

Telefono 1817

ROSALES PLANTAS JARDIN
Huevos incubación pollitos Leghom,
Cartillana, Orpington, Slymouth
Conejos muchas razas.

Avícola "SIERRA"

Reyes Católicos, 5 - AVILA

César A. Prieto
PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Molinón, n.º 2 - T.º 3115

GIJON

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3392

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO (edificio de su propiedad) PRESTAMOS A INTERÉS MOBILIZADO